

Capítulo XXIV.

Sacrificios.

Zambras y fiestas hubo durante muchos días en la ciudad de Barcelona para solemnizar la llegada de Colon.

A todas horas habia grupos en las calles comentando las noticias que se tenian de aquel maravilloso viaje.

Los indios, que salian á paseo á menudo, iban siempre seguidos de una multitud de gentes que les acosaba á preguntas y que se reian al oír las palabras, incomprensibles para ellos, que pronunciaban aquellos seres tan extraños, tan originales.

Mientras que de este modo expresaba España su gloria por el triunfo, y su admiracion al héroe, Colon, que habia tenido la satisfaccion de añadir á su gloria

el placer de estrechar en sus brazos á su hijo Diego, empezaba á sentir una profunda tristeza.

Para un padre no puede tener mucho tiempo ocultos un hijo sus sentimientos.

Colon leyó desde el principio en los ojos de Diego el dolor que experimentaba su alma.

Mis lectores no han olvidado cuán triste llegó á ser la situacion del jóven paje del infante don Juan cuando llegó á saber al mismo tiempo que María de Alvarado le amaba, que los lazos que la ligaban al rey eran nobles y desinteresados, y que tenia que renunciar á la felicidad de su amor porque el rey y Lupericio Santangel, hijo del más activo protector de su padre, habia sentido, el último un vivo amor hácia ella, el primero el deseo de unirla con el hijo de su tesorero mayor.

Soñar con la felicidad, ver los obstáculos que se levantan, sufrir sus consecuencias, tener valor para dominarlos, y al llegar al colmo de la felicidad hallar nuevos obstáculos, más insuperables todavía, es una situacion de las más desesperadas de la vida.

Diego comprendió el sacrificio y lo aceptó.

Mis lectores recordarán que la maledicencia habia sorprendido el secreto de María.

Acaso no han olvidado tampoco la precipitada marcha de Diego de casa de la jóven, recomendando á doña Irene el mayor secreto acerca de su visita.

La desesperacion que se apoderó de su alma le inspiró una medida violenta.

—Sin ella ¿para que quiero la vida,—se dijo.

Y dominado por esta idea, quiso atentar á su existencia.

Pero en aquellos momentos angustiosos se apareció ante su imaginacion la figura de su padre que tanto habia sufrido, que tantas amarguras habia pasado y tan heróica resignacion habia manifestado en los momentos difíciles de su azorosa vida, y aquella figura noble, generosa, heróica, que con la fé en el alma, entregado á las tempestades del Océano, iba en busca de un Nuevo Mundo para aumentar la gloria de su nombre y poder legar á su hijo con la celebridad las riquezas, aquella figura era un ejemplo para él que debia imitar, y arrojando la daga que habia empuñado para sepultarla en su pecho:

—Sabré sufrir,—se dijo.

Y enjugando las lágrimas que inundaban sus ojos, resolvió imitar el ejemplo de su padre, y para fortalecerse más en aquella idea se dirigió á la capilla de palacio, y allí oró mucho tiempo para que la Providencia se apiadase de él.

Al terminar su oracion su herida no se habia curado, pero tenia resignacion para soportar el dolor.

María entretanto se agravó.

¿Qué extraño es que esto sucediera?

Parecia que la fatalidad la perseguia.

Al nacer tiene que vivir separada de sus padres.

La autora de sus dias la abandona.

Su padre se apiada de ella, experimenta un vivo afecto, corre á su lado, se embriaga en su mirada,

sueña en el porvenir, aspira á su felicidad y la muerte hiere su pecho y le separa de ella.

La pobre niña queda huérfana.

Pero aún tiene amparo.

El rey, premiando los servicios de su padre, acude á su lado, la ofrece paternal proteccion, vela por ella; nada le falta gracias á este cuidado, pero el rey cae herido por una mano alevosa; el sentimiento de la gratitud lleva á la jóven hasta las antecámaras de palacio á preguntar cómo está su protector.

Su mirada se encuentra con la de Diego.

Sus corazones laten de amor.

La felicidad les sonríe.

Pero la calumnia los separa un instante.

Brilla la verdad.

La inmaculada pureza de María resalta á los ojos de Diego.

Y entonces la pobre niña, que todo lo debe, que todo lo espera del rey, oye de sus lábios la sentencia más cruel que ha podido dictar.

Y aquella mano que la hiere es una mano que tiene que besar con gratitud.

Muertas sus ilusiones al nacer, la pobre niña, que ha pedido á la Virgen, ántes de conocer el destino que le reserva su protector, que conserve su vida y le devuelva la salud para poder entregarse al amor que siente en su alma y para poder disfrutar la felicidad que le brinda la esperanza, triste, abatida, con el desengaño en el corazon, vuelve sus ojos otra vez á la Madre de los afligidos, y en vez de la vida le pide la muerte.

—Ah! Madre mia,—exclama,—¿por qué has consentido que nazca este amor en mi pecho? ¿Por qué he adivinado las dulzuras de una existencia consagrada al cariño, y ese hombre que ha aparecido á mis ojos como el ángel de mi guarda? La muerte, solo la muerte puede consolarme, porque la muerte es la esperanza de mi felicidad en la otra vida.

Poseida por estos sentimientos su enfermedad se agravó, no queria tomar las medicinas que le daban y llegó á inspirar sérios temores á doña Irene.

El rey tuvo noticia de su recaída, y volvió á verla, mandando llevar médicos para que la visitasen, médicos á los que Lupercio Santangel, que no la perdía de vista un solo instante, que la amaba con toda su alma, veía á menudo para preguntarles el estado de su salud, para leer en sus ojos las esperanzas ó los temores que les inspiraba la jóven.

¡Tambien el pobre sufría!

Nacido en Aragon, en aquella noble tierra en donde la libertad latía en todos los corazones.

Criado en la opulencia, desde muy niño los más generosos sentimientos habian impulsado su corazon.

Idolo de su padre, porque no solo era un modelo de hijos, sino que no le ocultaba ninguno de sus secretos, habia tenido ocasion de ver á María, se habia prendado de ella y habia confiado á su padre sus sentimientos.

Santangel no ignoraba el secreto del nacimiento de María.

Su hijo tampoco lo ignoraba.

Pero aquella circunstancia, que hubiera retraido á cualquier otro, avivó el amor en su pecho.

Era desgraciada y queria hacerla feliz.

Habló á su padre, y Santangel á su vez comunicó al rey los deseos de su hijo.

El rey, que verdaderamente deseaba el bien de María, protegió desde luego aquel amor.

La enfermedad de la jóven le entristecia en extremo.

Pero todos los remedios eran inútiles.

La situacion de María era cada vez más grave.

Doña Irene le dijo un dia.

—Si fuérais razonable y quisiérais tomar las medicinas que os recetan, podríais levantaros un poco del lecho, y entonces yo haria que viniera á veros don Diego.

Estas palabras produjeron un efecto magnético en la jóven.

Aquel dia fué obediente.

Tomó las medicinas y se mejoró bastante.

Quería á toda costa ver á Diego.

Sabia que iba á morir, y antes de partir para siempre del mundo necesitaba hablarle.

Doña Irene cumplió su palabra.

Diego iba á menudo á ver cómo estaba María.

Una noche estaba la jóven levantada.

La dueña la habia sentado en un sitial y la habia prometido que hablaria con Diego.

Apenas llegó el jóven á la casa:

—Entrad, entrad,—le dijo doña Irene;—es nece-

sario que hagais un sacrificio; mi señora quiere veros. Habladla, calmad su agitacion, salvarla de las garras de la muerte.

Diego penetró en la estancia donde estaba María. Ninguno de los dos se habian reconocido.

María estaba pálida, ojerosa.

El vivo carmin que iluminaba sus mejillas habia desaparecido para siempre.

Las huellas del dolor, de la tristeza, se marcaban en su rostro.

Diego no era ni su sombra.

Se apoderó tal emoción de los dos jóvenes al verse, que durante algun tiempo no pudieron hablar.

—¡María!—exclamó al fin Diego, cayendo á sus piés.

Y despues de una breve pausa, en la que los sollozos y las lágrimas reemplazaron á las palabras.

—¡Qué desgraciados somos!—dijo el joven.

—Muy desgraciados, sí,—añadió María.

—Pero es preciso que vos no lo seais, dijo Diego;—tranquilizaos. Es necesario que hablemos hoy como buenos amigos, como hermanos.

—Sí, eso quiero, habladme: vuestras palabras me consuelan. ¡Ah! nunca me he encontrado tan bien como en este instante.

La emocion ahogaba á Diego; pero comprendió que necesitaba sobreponerse á ella, y con acento tranquilo, resignado:

—María,—le dijo,—he descubierto vuestro secreto. No ignorais que desde el momento en que os ví

inspirasteis á mi alma un verdadero interés; ¿por qué no he de decirlo? Un inmenso amor.

La calumnia se interpuso entre los dos. Quién decía que érais hija del rey; quién, manchando vuestra pureza, indicaba que érais su amada.

Necesitaba averiguar la verdad, y una noche en la que el rey vino á veros, yo, desde esa habitacion contigua, asistí á vuestra entrevista con el monarca.

Dudé, y cometí un crimen al dudar.

Debía sufrir un castigo, y el que sufrí fué horrible.

El rey os anunció su propósito de uniros con un hombre. Ese hombre,—sabadlo de una vez,—es hijo de Santangel, de Santangel, á quien mi pobre padre, que ha sufrido, mucho debe afecto, proteccion; debe, en una palabra, la realización de sus sueños.

Yo no puedo ser ingrato ni con él ni con el rey, á quien debo todo cuanto soy.

Vos, por vuestra parte, necesitabais sacrificaros á la voluntad de vuestro protector.

En aquel instante se separaron para siempre nuestras almas.

Yo sufría mucho, sufro aún, pero oí la voz de mi conciencia y mi conciencia me dió fuerzas para soportar el dolor.

María, yo oí aquella noche tan feliz y tan desgraciada para mí una confesion que hicisteis, creyendo que yo no os escuchaba.

—¿Sabeis que os amo?—exclamo la joven.

—Sí, lo sé y aquellas frases, grabadas para siem-

pre en mi corazón, serán objeto de un oculto eterno para mí. Pero por lo mismo que tengo algún ascendiente sobre vos, oid.

La desesperación mata lentamente, la fe sana. Pensad que cuando la Providencia ha puesto entre nosotros esa barrera insuperable, es porque cree que debe separarnos.

Acatad su fallo; calmad la agitación que mina poco á poco vuestra existencia.

Sed heroica; convertid ese amor que siente vuestra alma en un cariño fraternal.

Seamos hermanos, María, seguid los consejos de vuestros médicos y reparad vuestra salud; amad á ese hombre á quien os destina vuestro protector, vuestro segundo padre; sed feliz, muy feliz con él y pensad que desde lejos seré también dichoso cuando vea la alegría en vuestro rostro.

Por mí, sino por vos, aspirad á la felicidad, por que nuestras existencias están tan identificadas que todos vuestros dolores tendrán eco en mi alma, y si morís yo también moriré.

—¡Diego, Diego! ¿qué me pedís?

—Os pido que busqueis en el cumplimiento de los deberes de la gratitud la única satisfacción que nos queda en la tierra.

Santángel os ama, y será muy desgraciado si no se une con vos.

El rey considera ese enlace como una de sus mayores satisfacciones.

Si os entregais al dolor, si sucumbís, yo también

sucumbiré, María, y tengo un padre, un cariñoso padre que en estos momentos tiene confiada á las olas su vida por poder darme un nombre glorioso, para ofrecermé algún día inmensas riquezas, el bienestar.

Nuestra desgracia alcanzará á los que más nos quieren. Por ellos, sino por vosotros, vivamos y suframos con resignación.

Hubo una breve pausa.

—No, no,—dijo María;—quiero hablaros con toda mi alma: os amo Diego; sí, os amo y no creo posible, no, la felicidad, la vida, sin nuestro amor. La fatalidad puede separarnos á los ojos del mundo, pero no borrar en nuestra alma el afecto que hemos sentido al hallarnos en la tierra.

Yo aún puedo ser feliz, aún puedo desear la vida si es que mi cariño halla eco en vuestro corazón. ¿Qué no podemos unirnos nunca!

¿Qué importa si yo sé que los latidos vuestros son para mí?

¡Si vos sabéis que os consagro toda mi vida!

El rey no sabrá nunca este amor, y aún haré más: aún aceptaré otro sacrificio doloroso también, pero no tanto como el dar mi mano y mi vida á otro hombre.

Confesaré á mi protector que mi ánimo ha sido siempre entrar en un convento y profesaré, si.

Nos separaremos, Diego, nos separaremos, pues la suerte lo quiere; pero Dios sabrá que, al buscar un retiro bajo su protección, le busco para pensar en vos, para amaros, para pedir á la Providencia que os colme de felicidad.

Sí; yo encontraré consuelo sabiendo que correspondéis á mi afecto, que vivís tambien para mí, y nuestras almas, separadas en la tierra, se unirán en el cielo.

Los dos sellaron este pacto con lágrimas.

—Sólo volveremos á vernos una vez en el mundo,—dijo María;—el día en que yo entre para siempre en el convento.

En medio de su afliccion, la promesa que acababan de hacerse era un consuelo.

La ilusion renació en su alma.

Las dolencias de María se aliviaron.

El rey la habló de nuevo de su casamiento.

María tuvo aquella vez valor para confiar al monarca sus vehementes deseos de ser esposa del Señor.

Esta respuesta irritó profundamente á don Fernando.

Pero conociendo que lograría más con el cariño que con la fuerza, en vez de contrarestar sus deseos la pidió que reflexionase acerca de su resolucion, y prometiéndose respetarla si despues de pasados seis meses persistia en lo mismo, dispuso que fuera á restablecerse á Aragon, á casa de la madre de Santangel, noble señora que conocia los deseos de su hijo y los amparaba, y María, que por su parte deseaba tambien complacer á su protector, accedió á aquel pacto.

Estaba segura de que su resolucion no se quebrantaría por nada del mundo.

María encontró en la madre de Santangel una bondadosa protectora, una verdadera madre.

Jamás le hablaba de su hijo, de su hijo que estaba en Barcelona con su padre, que no cesaba de pensar en María; pero que aguardaba resignado la resolucion de la jóven pasado el plazo que le habia marcado el rey.

Durante este tiempo Diego sufría mucho, cumplía sus deberes; pero vivía en el aislamiento, en la soledad.

Nada le distraía.

Huía de los goces como si necesitase el dolor para vivir.

Trascurrió el tiempo, y un mes ántes de la llegada de Colon á Barcelona, cayó enfermo de gravedad el hijo de Santangel.

Su madre fué á Barcelona á asistirle.

Comprendió cuál era su mal, y lo que la protectora no habia hecho, lo hizo la madre.

«María,—escribió á la jóven,—teneis en vuestra mano la vida ó la muerte de mi hijo, mi felicidad ó mi eterna desdicha.

»Resolved.»

María resolvió sacrificarse.

«Soy vuestra hija, contestó á la señora de Santangel.»

El rey señaló ya el día en que debia celebrarse la boda.

En la córte se habló de aquel suceso.

Llegó á noticia de Diego, y al saberlo conoció que el amor no se habia extinguido en su alma.

Recibió una herida mortal.

Pero cuando supo las circunstancias que habian impulsado á María á tomar aquella resolucion:

«Lo sé todo,—la dijo en una carta que procuró llegase á sus manos por medio de doña Irene,—comprendo vuestro sacrificio, y le acepto con la misma resolucion que vos.

«Sed feliz para que yo lo sea.»

Su tormento fué desde entonces mayor que nunca.

La boda tuvo que aplazarse por una indisposicion de María.

En esto llegó la noticia de la llegada de Colon á Portugal.

El hijo al saber el triunfo del padre, halló algun alivio á su dolor.

El rey dispuso aplazar la boda hasta la llegada del almirante, para que coincidiera el júbilo de los desposados con el de la córte toda.

Tal era la situacion de María y de Diego cuando Colon estrechó en sus brazos á su hijo.

Capítulo XXV.

El huevo de Colon.

Aunque descubrió Colon desde luego la profunda tristeza de su hijo, veíase tan visitado, tan obsequiado, tan agasajado por todo el mundo, que no le era posible encontrar una ocasion de sondear la herida que tenia Diego en su alma.

Por otra parte, el jóven habitaba en palacio, y aunque iba á ver todos los dias á su padre, le hallaba rodeado de grandes señores, ó por lo ménos desu anfitrión el arzobispo de Toledo.

Nada más prodigioso que el éxito de la empresa que habia realizado.

Y no era solo en España en donde la admiracion no tenia limites.

De la córte partieron inmediatamente emisarios